

## CAPITULO IX

### ÚLTIMAS RESISTENCIAS AL JESUITISMO

Desde los primeros dias de su establecimiento reconoció la Europa católica, por intuición y por instinto, los males gravísimos encerrados en el temperamento de la Compañía y en su formidable organización. Las dos Universidades célebres de Salamanca y Alcalá, que guardaban, por aquellos dias, toda la luz y todo el calor de nuestro pensamiento, presintieron, al asomar la triste alborada y amanecer del jesuitismo, sus desastrosas consecuencias en la sociedad cristiana y su protervo influjo en la Iglesia católica. El gran Carlos V, confió en una visita, que San Francisco de Borja le hizo, ya profeso y eclesiástico, sus recelos y sospechas contra la Compañía, temeroso de que retardara, en vez de prosperar, las victorias del catolicismo. Siliceo, el gran prelado, á quien la suma de sus ciencias con sus virtudes dieran merecidamente la mitra de Toledo y el cardenalato en la Iglesia, odiaba con implacable odio á la Compañía de Jesus, y trató de impedirle en su arzobispado, y expulsarla, si le hubiera sido factible, de la nacion Española.

Pero, quien mas á la Compañía se resistió, fué la célebre institucion académica, y literaria, y científica, verdadero centro y foco del catolicismo en la Edad media, la Sorbona de Paris. Todo el movimiento teológico, en su mas pura ortodoxia y en sus mas trascendentales obras, dimanó de aquella Universidad. Sus doctores arrancaron en flor la nueva idea religiosa, persiguiendo con verdadera saña y furor al prematuro hereje conocido con el inmortal nombre de Abelardo. En los bancos de la Sorbona se asentó, como discípulo, el gran recopilador de la Teología y maestro de la doctrina católica Santo

Tomás de Aquino. Sus aulas guardaron como tabernáculos, con sacratísimo cuidado, el resplandor inextinguible de la idea católica. Resistente un poco á la órden dominicana, trabó amistad con los franciscanos, reconociendo su pureza y su ortodoxia. Al aparecer la Reforma, combatióla con ahinco en obediencia y fidelidad á sus tradiciones religiosas. Ni la incertidumbre y perplejidad de Francisco I entre las dos ramas del cristianismo y entre las dos razas del centro europeo, ni las seducciones de la célebre Margarita de Navarra, ni el genio y saber de Calvino pudieron mover á la Sorbona para que penetrara en el seno de la heregía protestante y la sostuviera con su autoridad y con su ciencia. La grande Universidad central de Europa debia ser definitivamente católica.

Y por lo mismo debia resistir con resistencia invencible á los portadores de la exagerada y peligrosa reaccion universal. Aunque la colina de Mont-Martre fuera el verdadero sitio de su nacimiento, no fué Paris el sitio mas propicio á su apostolado. Apenas brotada la nueva idea tuvo que dejar aquel sitio, tan solo propio para la vieja ortodoxia. Desde las aulas de Santa Bárbara y desde la fuente de Mont-Martre emigró á Italia en busca del único poder á quien servia con grandísimo empeño, en busca del Pontífice y del Pontificado. Ya estaba el jesuitismo repartido por las Universidades principales de Italia, y asentado en Roma, y difundido en las Indias orientales, y organizado como un poder político dentro de Portugal, y conocido en Irlanda, y puesto sobre el pavés ante aquella Universidad de Alcalá tan resistente á su doctrina, y predicado en Sicilia y en Africa y en América; cuando todavía no contaba instituto de verdadero poder ni en Paris ni en Francia. Los franceses, que principiaban á la sazón el colosal edificio de su absorbente unidad, no querian por modo alguno suspenderlo, poniendo en su base una organizacion militar tan fuerte como cualquier ejército y un gobierno tan poderoso como el de cualquier Estado formidable. Todavía estaba San Ignacio en vida, cuando ya la Sorbona, en su prevision, le habia opuesto un formidable veto. Parecíales á los doctores de aquel teológico instituto dañosísima en cosas de fe, amenazadora de suyo á la paz eclesiástica, opuesta y contradictoria con las demás órdenes religiosas, y mas propia para la destruccion que para la solidez del catolicismo.



Tal decreto alarmó á los jesuitas, con tanta mas razon, quanto que, pocos dias antes, habian mostrado los temibles inquisidores de España propensiones á condenar en su tribunal á los asociados y extirparlos con sus formidables instrumentos de extirpacion y exterminio. Hasta el año 1554, es decir, poco antes de la muerte del fundador, no tuvo Francia casas jesuíticas en su espacio. El Obispo de Claramonte, don Guillermo de Prado, grande amigo de Salmeron y Lainez, á quienes conociera y tratara en la ciudad de Trento, con motivo del Concilio, puso mano en la obra de levantar y erigir dos colegios jesuíticos, uno en la ciudad de Villou y otro en la ciudad de Paris. Envió San Ignacio por provincial de aquel poderoso reino al Padre Pascasio Broeth, francés de nacion, y uno de sus mas antiguos compañeros. Mas no pudiendo, en pueblo tan dado al culto de la autoridad civil como Francia, prosperar instituciones de tamaño linaje sin autorizacion del poder supremo, exigieronle un permiso, que el poder supremo no quiso dar por sí mismo y sin prévia consulta del parlamento general. Y el parlamento, como tocase tal negocio á cosas de religion y teología, púsole en manos de la canónica y ortodoxa Universidad parisien. No hay sino leer á los historiadores de la órden para notar su rencor contra la Sorbona. En vez de atribuir las propensiones del histórico instituto á impulsos purísimos de la voluntad interna movida por la conciencia y su poder, atribúyenlo á que habia entrado tal sobrino de un doctor en la Compañía contra el voto y el parecer de su tio; á que tales otros se hallaban por mezquinas rivalidades y celos de otras órdenes religiosas embargados y poseidos; y á que muchos aceptaban los rumores en el vulgo sembrados contra los sectarios de una doctrina, en Francia generalmente considerada como un dañoso peligro, á causa de su celo excesivo por el Pontificado y los Pontífices.

En cuanto lo recibieron aquellos padres de Jesus, tan dados á la sumision y obediencia, desacataron de consuno á la ilustre Universidad, que lo promulgara. En vano declaró la facultad parisiense de teología que tomaba tal determinacion contra el nuevo instituto, en obediencia fiel á motivos de pura fe y á ideales de pura ortodoxia. «El decreto, decian los padres jesuitas, es tan riguroso, severo y ofensivo, que quien lo leyere, y cotejare bien lo que en él se dice con lo que en verdad pasa, verá claramente que se hizo sin tener

noticia de la verdad y sin informacion de las cosas como ellas son.» Lo cierto es que todo Paris á una se alzó contra la Compañía. Los dardos de aquel ingenio francés, tan agudo y ateniense, clavábanse hasta lo mas profundo y escondido del tuétano de la Compañía. Quien menos duro se mostraba tenia por blasfemia el que unos cuantos sacerdotes, ni bien regulares ni bien seculares, se arrogasen con soberbia el pomposo título de compañeros de Jesus, á quien solo pueden acompañar los ángeles del cielo y las estirpes celestiales de los santos y de los mártires. Por espacio de mucho tiempo baldonó todo el mundo en Paris á la Compañía y le dió en rostro con su soberbia y con su heterodoxia. Los estudiantes en sus cátedras, los frailes en sus púlpitos, los pueblos en sus corrillos, los gobiernos en sus consejos, los Parlamentos en sus debates, los prelados en sus diócesis, por confesion del mismo padre Rivadeneira, maldecian y renegaban de aquellos eclesiásticos, no bien clasificados todavía, quienes surgiendo misteriosamente del capricho de un hombre solo, eclipsaban con su espíritu extraño la conciencia universal de los católicos, y convertian las grandes asociaciones conocidas con el nombre de órdenes religiosas en unas implacables milicias.

Querian los padres principales del formidable instituto contestar, así que llegó á Roma la noticia del célebre decreto. Parecíales que su Compañía daba consigo en tierra de tolerar tal sentencia contraria en un todo á su nombre y á su crédito. Muchas reuniones se tuvieron, y muchos debates se trabaron para responder de algun modo al rigor de la Universidad. Ignacio, en quien se maridaban fuerza y astucia, comprendió bien pronto que larga y tumultuosa lucha con Academia tan poderosa como la Universidad de Paris podia ceder en daño de la Compañía, por lo fácil que á la sazón era separar en dos campos el mundo católico, y traer á la conciencia y á la vida con profundos disentimientos reñidísimas luchas. Las Universidades católicas podrian seguir á su grande Universidad matriz; las órdenes religiosas podrian, hasta por concurrencia mercantil ó económica, contrastar á la terrible asociacion en su cuna, derivándose de aquí alguno de los litigios entre naciones, como aquellos que desgarraron los senos de la Santa Madre Iglesia y trajeron herejías y cismas á la conciencia universal. Mas cauto que otras veces, menos apasionado y combatiente; comprendiendo cómo su vida



tocaba en el ocaso, y cómo á su muerte habia menester de una gran fuerza el reciente organismo, por tantas gentes combatido, limitóse á pedir informes secretos de las autoridades eclesiásticas y civiles, donde radicaban las diversas familias de la grande agrupacion, para contestar algun dia con estos datos á los sañudos odios y á las formidables sentencias. Salióle muy bien la cuenta; porque, acallada la odiosidad de la Sorbona con el silencio de los jesuitas, pudieron unos y otros rehuirse al escándalo de un litigio y el jesuitismo deslizarse con sigilo en los senos de Francia.

Donde la Compañía encontró mayores enemigos, fué, á no dudarlo, en Zaragoza. La gran ciudad estaba, muy de antiguo, acostumbrada, por sus libres instituciones, al ejercicio de los derechos populares, y resultaba, por ende, muy enemiga de todos cuantos institutos pudiesen coartar su libertad, y contradecir sus venerandas leyes. Aquel terrible tribunal de la fe, implantado con tanta facilidad en Castilla, no pudo implantarse á su vez en Aragon y los dominios aragoneses con igual facilidad. Pueblo jurídico de suyo como el pueblo romano, pueblo de suyo parlamentario como el pueblo inglés, pueblo de justicias y de jurados, en que las magistraturas derivadas de la ley gozaban de tanto prestigio y tenian tanta fuerza, resignábase muy mal de su grado el pueblo aragonés á la violacion de los hogares, al procedimiento secreto, á las prácticas y costumbres de la proterva Inquisicion. Todavía se muestra en la Seo de Zaragoza; bajo sus arcos ojivales; cerca del grandioso altar mayor; el sitio, donde los zaragozanos en armas, ofendidos por las innovaciones inquisitoriales, y tumultuados para procurar su defensa, inmolaron al inquisidor Pedro Arbues, cuando se hallaba de hinojos en oracion, por tenerlo como un cruel enemigo de sus fueros venerandos y de sus seculares costumbres. Quienes así, de antiguo, procedian por natural vocacion, estaban llamados en los designios providenciales á contrastar el establecimiento de la Compañía de Jesus.

Al hojear los libros mas apologéticos de la Compañía cáese, con facilidad, en la cuenta, de que presidian y encabezaban la protesta contra el jesuitismo en Zaragoza gentes eclesiásticas. Los jesuitas habian penetrado en la ciudad con su natural sigilo, y puesto su mira en las casas principales y en las familias pudientes, á fin de recabar desmedido influjo, al recaba-

miento del cual estaban obligados por los cánones de sus constituciones y por los mandatos de su general. Contrariaba mucho tanto poder á los padres de San Agustin muy removidos, al vicario de la Magdalena muy acongojado, al vicario general muy receloso, al arzobispo en persona, hermano de la orden de San Bernardo y poco favorable, por ende, á estas innovaciones misteriosas, las cuales, en su íntimo sentir, asombraban las inteligencias y no traian de modo alguno á la fe y á la Iglesia sólidos provechos. Como quiera que los jesuitas, en su soberbia, se la echaban de primeros entre los defensores del Pontificado, no podian las autoridades eclesiásticas de aquel reino y tiempo combatirlos de frente, y necesitaban contrastarlos con cautela igual á su cautela. Aquellos milanos tenian apariencias de palomas; y se necesitaba mucho sigilo para desarmarlos de sus agudas y escondidas garras. Apelaron pues, los eclesiásticos zaragozanos á una especie de liga, y se unieron todos en ella con formidable unanimidad. Desde la formacion de la liga juraron expulsarlos; y desde la prestacion de tal juramento pusieron todos los medios en juego á su deliberado y concienzudo propósito conducentes. Informáronse de que los jesuitas habian habilitado una capilla dentro de su casa, todavía no consagrada; y se opusieron á ello, no solo por considerarlo una profanacion, sino tambien un atentado al privilegio poseido por las órdenes monásticas de no consentir dentro de cierto espacio, á su edificio anejo la edificacion y establecimiento de ningun otro edificio religioso.

Desde luego advierten que la capilla del edificio jesuítico se levantára sin el consentimiento y permiso de las autoridades religiosas y que á esa capilla de continuo acudian las personas mas influyentes de la sociedad, y entre otras altísimas, el virey, ó sea, el primer delegado del sumo y supremo imperante. No estorbó tal concurrencia ni el influjo natural que á los padres jesuitas daba, el que se pusieran por obra las órdenes severas de las autoridades eclesiásticas. Intimaron pues, á los celosos innovadores la clausura de su capilla y les requirieron á la indispensable obediencia. Pero fuertes ellos con el poder y el influjo que gozaban, negáronse á la obediencia é insistieron á una con aquella disciplina propia de su organismo en celebrar las misas, como si no recibieran la debida notificacion de su imperdonable desacato á la inflexible autoridad eclesiástica. Llegadas las cosas á tal extremo no hubo